

Algunos indicadores sobre los cambios en la estructura y la movilidad social: Mendoza-Argentina 1991-2010

Por: Lilibeth Yáñez
(FCPyS UNCuyo)¹

El objetivo de este artículo es proporcionar un marco que permita dimensionar y objetivar la diversidad de experiencias sociales de los mendocinos en los últimos 20 años. Concretamos esta meta, fragmentariamente, a partir de la recopilación y análisis de estudios de actualidad sobre los cambios en la estructura social del país y de la provincia. Debido a las limitaciones existentes –baches de información, magnitud, complejidad y velocidad de las transformaciones ocurridas–, consideramos solo indicadores disponibles, referidos principalmente a los aglomerados urbanos de Argentina y Mendoza. Para dar cuenta de la dinámica estructural, utilizamos el concepto régimen social de acumulación (RSA).

Indicators of changing on social mobility structure: Argentina and Mendoza 1991-2010.

Abstract

The aim of this paper is to provide a framework to evaluate and to objectify the diversity of social experiences of Mendoza in the last 20 years. We specify this goal, fragmentarily, from the collection and analysis of current studies on changes in the social structure of the country and the province. Due to limitations –information gaps, size, complexity and speed of the transformations– consider only indicators available, referring primarily to the urban areas of Argentina and Mendoza. To account for structural dynamics, we use the concept social regime of accumulation (RSA).

¹ lilibeth_yanez@hotmail.com

Introducción

Si recurriendo a la memoria de los mendocinos, les preguntáramos por sus vivencias producto de los cambios económicos y políticos ocurridos en la provincia en las últimas dos décadas, probablemente recogeríamos múltiples y diferentes opiniones. Y si bien algunas de ellas se repetirían en su estructura, al compararlas, encontraríamos expresiones contradictorias e impregnadas de parcialidades. Sin dudar, esto sería así porque –como sabemos los sociólogos– la realidad social no es homogénea y nos atraviesa de manera diferente según la posición que ocupamos en la estructura social. En las últimas décadas se afirma la existencia de posiciones ganadoras frente a posiciones de perdedores en la lucha por el excedente social. Más allá de esta imagen, ¿tenemos idea de la profundidad y extensión de los cambios ocurridos en las dos últimas décadas? ¿Hay evidencias para afirmar que la distribución del ingreso ha mejorado en Argentina y en Mendoza?

El objetivo de este artículo es comentar algunos indicadores sobre las condiciones del mercado de trabajo y la distribución del ingreso, a fin de contextualizar la diversidad de experiencias sociales de los mendocinos en los últimos 20 años. Nos proponemos concretar esta meta, fragmentariamente, a partir de la recopilación y análisis de algunos estudios sobre los cambios en la estructura social del país y de la provincia. Estos fueron seleccionados, luego de un rastreo en distintos centros bibliográficos, en función de sus aportes al análisis de la temática de la desigualdad social. Debido a las limitaciones existentes –baches de información, magnitud, complejidad y velocidad de las transformaciones–, consideramos que los indicadores son hitos o puntuaciones que exigen una reflexión sobre los procesos estructurales que se definen en el campo de las relaciones de fuerza que se debaten en Argentina durante el período 1991-2010.

Los indicadores y el Régimen Social de Acumulación

Puesto que los indicadores actúan como decantaciones de la experiencia social, pensamos que por detrás de ellos, o en la base si se quiere, existen agentes e instituciones que, cotidianamente, se enfrentan política y económicamente. Para acercarnos a la explicación de los indicadores, una categoría que por su vocación de integrar lazos sociales y políticos en la lógica económica resulta útil es el concepto de Régimen Social de

Acumulación (RSA). Formulada por José Nun (1987), el RSA acentúa lo económico pero otorgándole una radical importancia al régimen político y por lo tanto, a los modos de intervención que el Estado posee a través de diferentes opciones de políticas públicas. Esta noción permite no solo eludir una explicación economicista de la realidad sino también, tomar nota de las distintas formas de articulación de lo económico, político y social a lo largo del período que interesa, brindando así la posibilidad de establecer los cortes y las puntuaciones temporales pertinentes.

El RSA complementa el análisis del proceso de acumulación capitalista destacando una lógica política. Puede ser definido entonces como:

El conjunto complejo de instituciones y de las prácticas que inciden en el proceso de acumulación de capital, entendiendo este último como una actividad microeconómica de generación de ganancias y toma de decisiones de inversión (Nun, 1987: 37).

Como complejo institucional, presenta distintas fases o etapas. En estos términos –entre 1991 y 2010–, descubrimos relaciones sociales y prácticas diferentes en el interior del Estado y en las formas de organización y acumulación de capital. De acuerdo a ello, establecemos distintas fases del RSA neoliberal: una fase de consolidación, ocurrida a principios del 90, una fase de decadencia, que se hace evidente a partir del denominado efecto tequila ocurrido en 1995 y una fase de descomposición, la que será definitiva en la crisis de 2001, con la estrepitosa salida de la convertibilidad. Luego, en el período de recuperación que siguió, reconocemos la emergencia de un nuevo RSA. El mismo se perfila en lo que se conoce como posconvertibilidad por la implementación de un modelo que pretende un crecimiento de estilo neodesarrollista.

Establecer cortes temporales o fases de un RSA tiene sentido, nos da la posibilidad de explicar la variabilidad de los indicadores puesto que tanto el mercado de trabajo como la distribución del ingreso son altamente sensibles a las políticas económicas y sociales en juego, las que a su vez son espacios de lucha social.

Metodología

Establecidas las fases de los RSA como variables explicativas, revisamos

resultados de las investigaciones realizadas en Argentina con el propósito de descubrir las condiciones asociadas a los procesos de cambio y movilidad social en las dos últimas décadas. Una primera evaluación global de estos resultados muestra que en ellos se destacan dos dimensiones que dan cuenta del rasgo que caracteriza el período: la heterogeneidad social creciente. Una de estas dimensiones tiene un carácter horizontal y apunta a la diversidad regional y por lo tanto productiva de Argentina. La segunda dimensión focaliza (de modo vertical) las asimetrías existentes en cada una de las regiones y de los estratos, poniendo en evidencia la segmentación de las unidades de análisis ya sean hogares o individuos.

Respecto de la heterogeneidad estructural, son interesantes los aportes de Lavopa (2007) y Salvia y Vera (2004), quienes destacan que en el análisis de la estructura productiva argentina no deben despreciarse las diferencias que existen entre los sectores modernos de la economía y los tradicionales, puesto que ello explica, en parte, la segmentación del mercado laboral. Agregamos que tampoco hay que descuidar las diferencias entre la estructura rural y la estructura urbana. Ya desde los estudios de Gino Germani (1987) se sabe que ambas estructuras presentan rasgos particulares.

A pesar de que dentro de las ciencias sociales se reconoce ampliamente que la sociedad argentina es heterogénea y fragmentada, la disponibilidad de datos y de recursos hace que la mayor cantidad de estudios sobre ella se concentre en el aglomerado Gran Buenos Aires (GBA). La centralidad del trabajo en la sociedad explica, por otra parte, que los principales indicadores de la dinámica social sean elaborados a partir de datos sobre ocupación e ingreso, siendo entonces la Encuesta Permanente de Hogares (EPH) una de las principales fuentes de información. Si bien es cierto que, dada su periodicidad y continuidad, la EPH presenta ventajas, sus limitaciones tienen que ver con que releva datos referidos únicamente a muestras de aglomerados urbanos. Debido a ello, las investigaciones sobre las tendencias del mercado de trabajo y de la distribución del ingreso en las zonas rurales son escasas. Por otra parte, los tabulados que se realizan de la EPH suelen limitarse al aglomerado Gran Buenos Aires (GBA) y al total de aglomerados urbanos del país. La organización escasamente federal se refleja también en la disponibilidad de datos.

Todo esto explica por qué nuestra exposición se basa en datos e indicadores no solo referidos al aglomerado Gran Mendoza, sino también al total de país; la imposibilidad de contar con procesados provinciales nos

obligó a incluir datos referidos al total de los aglomerados urbanos de Argentina. Consideramos que (tratándose de un estudio exploratorio) es medianamente aceptable en vista de que el desempeño económico provincial ha seguido de cerca –durante el período que observamos– el desempeño de la Nación y que los núcleos urbanos presentan en términos generales y más allá de las disparidades regionales, algunas tendencias similares.

Las evidencias

En el RSA neoliberal

Siguiendo las huellas de Germani, investigadores como Susana Torrado (1992), José Nun (1987) e Iñigo Carrera (1999), cada uno con una metodología propia basada en datos ocupacionales, han arribado a algunas conclusiones sobre los cambios que sucedieron en la estratificación social en Argentina a partir del golpe militar de 1976. En términos coincidentes, la sistematización de los datos censales del 70, 80 y 91 realizada por estos autores muestra que los años 70 marcan una transición entre el RSA basado en el estado de bienestar y el RSA neoliberal.

Posteriormente, investigadores como Oscar Altimir y Luis Beccaria (1999), Pablo Dalle (2010), Agustín Salvia (2003) y Mariano Feliz y Emiliano López (2012), entre muchos otros, preocupados por el impacto de las políticas neoliberales en el mercado de trabajo y en los procesos de movilidad social, analizaron cómo la reestructuración capitalista iniciada con la dictadura militar socavó las bases del sistema de estratificación abierto e integrado vigente hasta principios de los años 70. Así observaron que desde mediados de los 70 y hasta el 2001, se registran marcadas y definidas transformaciones regresivas de la estructura social. La desindustrialización, la privatización de las empresas del Estado y la descentralización provocaron, en conjunto, el quiebre y liquidación de las tendencias impulsadas por el modelo de crecimiento basado en la sustitución de importaciones. En consecuencia, los indicadores marcan en este período: aumento en la desigualdad de ingresos, crecimiento de la pobreza, la instalación de la desocupación y de la precariedad laboral como fenómenos estructurales.

Específicamente, con respecto al mercado de trabajo las investigaciones muestran que los años 90 constituyeron el período en que se produjo la mayor fragmentación de la estructura laboral, con fuertes desigualdades

de las categorías ocupacionales, dependiendo las remuneraciones del sector de actividad (público-privado), el tamaño de las empresas, la localización geográfica de las mismas, etcétera (Philipp y Salvia, 2001; Salvia y Donza, 2001, Donza, Salvia, Steinberg, Ticera, Yellati, 2004). Según Philipp (2004) a la fragmentación interna de un mismo mercado de trabajo se sumó la fragmentación a nivel territorial, ambas tuvieron efectos profundos y duraderos sobre la estructura del empleo y la distribución de los ingresos agravando la situación de las poblaciones con menos recursos.

Dalle (2010), en su estudio realizado sobre los cambios en la estratificación social a propósito del bicentenario de la declaración de independencia argentina, estableció que las transformaciones ocurridas en el mercado laboral durante los 90 propiciaron la polarización y segmentación del sistema de estratificación social. La polarización implicó entonces, el aumento de la desigualdad de ingresos entre los sectores de clase media-alta que resultaron ganadores y los sectores medios que se pauperizaron tras perder el empleo estable, la condición salarial, o su pequeño comercio o taller. En tanto que, el proceso de desindustrialización y reducción del Estado desestructuró a la clase obrera consolidada, generando la expansión de un estrato marginal-precario. Consecuentemente, en el sistema de estratificación social y el régimen de movilidad las fronteras de clase se fueron cerrando progresivamente, especialmente para los movimientos de larga distancia desde la clase trabajadora hacia la clase media. El régimen de movilidad social siguió siendo fluido pero predominó la movilidad de corta distancia en el interior de la clase media y la clase trabajadora, lo que implicó una progresiva segmentación.

Gabriel Kessler y Vicente Espinoza (2003) por su parte, en su investigación sobre trayectorias ocupacionales y movilidad social en Buenos Aires, encuentran que la década de los 90 planteó rupturas y paradojas. No solo se evidencia la existencia de dos procesos antagónicos: una movilidad estructural ascendente, vinculada al aumento del peso de puestos técnicos y profesionales, y otra movilidad descendente, originada por la desaparición de puestos obreros asalariados, así como por la reducción del empleo público y su recambio por servicios informales o inestables. Además, los cambios en la ocupación no se encasillan fácilmente en movimientos ascendentes o descendentes, sino que originan trayectorias inestables o cambios que

reflejan una movilidad espuria o bien inconsistente puesto que el ascenso ocupacional no coincide con mejores condiciones materiales.

Sobre los efectos que ha tenido el deterioro del mercado laboral en los hogares particulares durante el período 1991-2000, es interesante un trabajo de Salvia y Vera (2005). A partir de datos de la EPH provenientes de los aglomerados Gran Buenos Aires, Gran Córdoba, Gran Mendoza, San Luis, El Chorrillo, Gran Tucumán, Tafí Viejo y Neuquén (ondas octubre 1991 y 2001) y, considerando la dimensión desigualdad social, mediante la segmentación de los hogares en 5 quintiles, observaron que más allá de las diferencias estructurales, en estos aglomerados existe un rasgo común: el aumento de la desigualdad en la distribución del ingreso por pérdida de participación de los hogares más pobres.

El análisis de los datos muestra además que, comparativamente, Gran Mendoza no se ubica entre los aglomerados más perjudicados. Examinando la información de las ondas consideradas se observa que mientras en 1991 el quintil más pobre (quintil 1) presenta 7,7% del total ingreso familiar, en el 2001 exhibe el 6,3%. En tanto que el quintil más rico (quintil 5) concentra en 1991, 40,5% del ingreso; en el 2001 su participación aumenta a 42,5%, lo que indica un proceso de desigualdad creciente. Respecto de los ingresos familiares, aunque Gran Mendoza no muestra un comportamiento diferente de los otros aglomerados considerados, entre 1991 y 2001 registra una variación porcentual negativa de 7 puntos. Cabe señalar que respecto del ingreso los quintiles con hogares más numerosos y con mayor tasa de dependencia fueron los más afectados. Así, el quintil 1 presenta una variación porcentual negativa de 28 puntos. En relación con el empleo de los jefes de hogar, entre 1991 y 2001 se registra una variación negativa de 15 puntos. Reparando en la significación de este dato en la movilidad social, podemos decir que el incremento de la tasa de desocupación o subocupación de jefes de hogar es mayor cuanto más baja es su posición social. La elevada tasa de problemas de empleo de los jefes en el quintil 1 se asocia con el proceso de movilidad descendente de hogares con miembros activos desocupados.

En el RSA neodesarrollista

El proceso regresivo ilustrado por los datos anteriores contrasta con el de recomposición social iniciado en 2002. El cambio de RSA involucró la rearticulación de las relaciones de producción, apropiación y utilización de la riqueza. El sujeto dominante es, en este período, el gran capital local ya

sea nacional o extranjero, de carácter transnacional y la política macroeconómica se orienta a sostener, básicamente, la competitividad de las industrias exportadoras.

Según Lavopa (2007), desde que se abandonó el régimen cambiario de la convertibilidad en Argentina las dinámicas de crecimiento, tanto del producto como de las ocupaciones, empezaron a mostrar tendencias claramente diferentes. De acuerdo a los datos, luego del abrupto desmoronamiento que significó la crisis 2001/2002, la economía argentina entró en un proceso de crecimiento. Así pudo verificarse entre 2002 y 2004 un crecimiento acumulado del producto de 16%.

Ahora bien, la variación de la estrategia de acumulación, basada en la producción de bienes y no en la valorización financiera ha hecho pensar que la Argentina está viviendo un nuevo modelo. Sin embargo, no todos los especialistas en el tema acuerdan con ello. En este debate, Graña y Kennedy (2008) señalan que en lo que hace a la producción de plusvalía, la situación no solo no ha cambiado, sino que se ha incrementado la porción de plusvalía extraordinaria. Dentro de ella, en relación con la renta diferencial de la tierra, debido al importante incremento de los precios internacionales de los bienes exportados por Argentina, y en relación con el salario real, dado su sostenimiento crecientemente por debajo del valor de la fuerza de trabajo. De esta forma, consideran que el nuevo modelo económico no es más que una forma diferente bajo la cual aparece el mismo contenido. Desde mediados de la década del 70 el proceso de acumulación de capital en Argentina tiene, según estos autores, como uno de sus rasgos específicos la producción de plusvalía extraordinaria, basada en la reducción lisa y llana del salario real, es decir, en el retroceso de la calidad de vida de la clase obrera. Esta fuente de plusvalía extraordinaria viene a sumarse a la fuente de plusvalía extraordinaria por excelencia de la que goza nuestro país, esto es, la masa de riqueza social bajo la forma de renta de la tierra originada en las condiciones productivas del sector primario argentino. De esta forma, el proceso de acumulación de capital en Argentina se consolidó como un proceso que basa su reproducción en fuentes extraordinarias de plusvalor. Como tal, dicha especificidad está presente más allá del modelo económico imperante en cada momento histórico y del signo político de los distintos gobiernos.

Siendo el estudio del reparto de la riqueza generada una herramienta para la identificación y el análisis de diversos tópicos relacionados con la acumulación de capital, Lindenboim, Graña y Kennedy (2005) aportan al debate datos sobre la participación de la masa salarial total en el ingreso susceptible de ser distribuido. Retomando las mediciones de este indicador que habían sido abandonadas desde el proceso militar, el autor reconstruye la tendencia a largo plazo de la distribución funcional del ingreso y observa que la imagen global que se desprende de la información es que, a partir de los años 70 (47% según la serie del Banco Central de la República Argentina) es marcadamente descendente y se acelera de manera abrupta en 1992, llegando a 27% (según la serie Llach-Sánchez). Respecto del período que nos ocupa, específicamente observa (según la serie del CEPED) que ha inicios del 93 la participación toma nuevamente impulso, superando incluso el techo de 40% vigente durante tantos años, alcanzando 43%. Sin embargo, se trata simplemente de un nuevo pico: con la crisis del tequila retrocede hasta 37,4% y, luego de una leve mejora, tiene un nuevo derrumbe con el final de la convertibilidad, retrocediendo 12 puntos entre 2001 y 2003, para llegar otra vez al mínimo histórico (28%). Así, desde 1993 a 2001 la participación salarial disminuye 8 puntos (de 43% a 35%). Entre 2001 y 2003 también se observa una caída de 29% a 26% obteniéndose uno de los valores más bajos de todas las series por él consideradas. Solo en 2004, los aumentos salariales y de la ocupación logran acompañar el continuo aumento del producto recuperando casi 3 de los 9 puntos perdidos en el bienio precedente, logrando así el 29% del PBI.

Por su parte, Feliz y López (2012) argumentan, en su estudio de los cambios poscrisis 2001, que las políticas neodesarrollistas aplicadas dan lugar a un incremento en la tasa de ganancia, una caída del salario entre el 2002 y el 2004 y, a una violenta distribución regresiva del ingreso en los primeros años del modelo. De tal modo, señalan que el crecimiento económico recuperado a mediados de 2002 es resultado directo del aumento de la rentabilidad del capital, más que fruto de políticas de Estado tendientes a beneficiar a las clases trabajadoras en general. Explican que esto se debe a que el conjunto de las políticas se da en el marco de una estructura socio-productiva basada en la actividad primaria y controlada por el capital extranjero. Con respecto a la evolución del trabajo, observan que el crecimiento del empleo no logró resolver ni la matriz regresiva de la

distribución ni la fragmentación de los trabajadores. Durante los primeros años de la recomposición neodesarrollista parecía que el crecimiento era rico en empleos. Entre 2004 y 2006 por cada 10% del crecimiento del PBI, el empleo aumentaba 4,4%, pero a partir del 2007 esta relación cae a valores muy parecidos a los del período 1995-1998. El aumento de empleo tuvo como correlato su precarización y si bien es cierto que el trabajo en negro retrocedió, en el sector privado aún el 45% de los asalariados se encuentra en esa situación.

Coincidiendo en líneas generales con este diagnóstico, Marina González y Nicolás Bonifiglio (2007) agregan que la devaluación de la moneda, particularmente por la fuerte caída en los ingresos reales, aceleró el deterioro de la calidad del empleo. Si bien el nuevo tipo de cambio posicionó mejor a las empresas, en términos de competitividad internacional, no mejoró la situación de los trabajadores; no solo en cuanto al salario, sino también respecto de aspectos no remunerativos como son la intensidad y la inestabilidad laboral.

Para obtener información sobre las particularidades del mercado de trabajo de Gran Mendoza en el período 2002-2005, nos remitimos al trabajo realizado por Eliana Canafoglia, Natalia Millán y Beatriz Soria (2006). Del análisis de los datos de la EPH para este aglomerado estas investigadoras señalan, coincidiendo con los análisis anteriores realizados para el total del país que, que si bien los indicadores laborales presentan evidencias concretas de un mejoramiento, no dan cuenta de la reversión de los procesos de fragmentación, polarización y exclusión social. Si bien es cierto que la creación de puestos de trabajo producto de la reactivación de la actividad industrial, redujo la desocupación (descendiendo a 14,5% en el 2003) un análisis puntual de los indicadores y tasas laborales permite concluir que la tendencia favorable que presentan, no se traslada al interior de la estructura ocupacional. Contrariamente, existe una demanda dispar de empleo. Los datos muestran, en cuanto a los ingresos, que en el 2003 se registra una leve alza, tanto en los salarios reales de la economía formal (del orden de 15,8% inter-anual) como en las remuneraciones de la economía informal (9,8% interanual). Sin embargo, es relevante la existencia de dos mercados de trabajo, en uno de ellos se genera empleo precario, inestable, de baja calidad y con salarios insuficientes; y en el otro mercado, la selección se realiza por

nivel educativo y calificaciones laborales, generando empleo de calidad, o al menos más estable y mejor remunerado.

Siendo la desigualdad un problema manifiesto en los análisis de la realidad argentina, los especialistas han utilizado distintos indicadores para aproximarse a un reconocimiento de los rasgos del patrón distributivo vigente en las últimas décadas. Así, Eduardo Chávez Molina y Pablo Gutiérrez (2008) analizan las formas en que se distribuye el ingreso. Así señalan que la medición de la pobreza –en términos de la relación entre una canasta de bienes que cada hogar necesita y los ingresos que percibe– constituye una herramienta útil para determinar los niveles de exclusión que una sociedad alberga en su seno. Tras procesar datos provenientes de la EPH, muestran que desde 2003 los indicadores de pobreza registraron una mejora en relación con los niveles alarmantes generados por la salida de la crisis de la convertibilidad, acercando el panorama social a valores precrisis. Esta evolución llevó al conjunto de la población argentina urbana en situación de pobreza desde 48% en el segundo semestre de 2003, hasta 27% solo tres años más tarde. En el mismo período, en la población pobre, la indigencia pasó de 21% a solo 9%, reduciéndose más de la mitad. No obstante, al fin del ciclo analizado, más de 2 millones de personas continúan en la indigencia y más de 4.3 millones en la pobreza no indigente.

Para determinar la profundidad de la pobreza Chávez y Gutiérrez (2008) utilizan el indicador brecha de ingresos que parte de los ingresos promedios de los sectores pobres, mostrándonos que tan lejos o cerca están los mismos de superar la línea de la pobreza y/o de indigencia. En la medida que se reducen los ingresos de una persona que está bajo la línea de la pobreza, este indicador aumenta, mientras que si sus ingresos crecen aunque no logre superar la línea, la brecha disminuye. Así muestran que según los datos de la EPH, en mayo de 2002, el 41% de hogares pobres tenía un déficit de ingresos de 53%. Es notable el impacto del proceso de reajuste del poder adquisitivo del salario (consecuencia directa de la devaluación salvaje del peso que como contrapartida permitió una importante recomposición de las tasas de rentabilidad del capital, generando un impulso para el inicio del ciclo de expansión) sobre la intensidad de la pobreza: ésta saltó 6 puntos porcentuales entre octubre de 2001 y mayo de 2002, poniendo a las finanzas familiares de los hogares pobres a menos de la mitad de camino de alcanzar

una canasta básica de consumos (cabe aclarar que los niveles de intensidad de la pobreza varían de acuerdo a la distancia de los ingresos del hogar respecto de la canasta básica que le corresponde en función de su composición demográfica). A partir de 2003, junto al fuerte crecimiento de la actividad económica se evidencia una disminución sustantiva de la incidencia de la pobreza que alcanza al final del período niveles inferiores a los de antes de la crisis. Sin embargo, el comportamiento de la brecha muestra avances menos bruscos: esta disminuye sostenidamente hasta el primer semestre de 2004, para estabilizarse luego en valores cercanos a los de la precrisis. Esta disminución se explica en gran parte por las políticas de asistencia cuasiuniversales implementadas por el gobierno nacional, antes que por una redefinición de las relaciones de fuerza entre capital y trabajo.

Otro indicador que trabajan estos investigadores y que conviene tener en cuenta para aproximarse a una idea de la desigualdad es el coeficiente Gini. Este indicador varía entre cero –situación ideal en la que todos los individuos o familias de una comunidad tienen el mismo ingreso– y uno, valor al que tiende cuando los ingresos se concentran. Examinando la evolución del mismo se observa lo siguiente: en los primeros años de los 90 ascendía a 0,43, a mediados de los 90 alcanzó el 0,48, mientras que en el período 2003-2005 llegó al 0,49.

Para ilustrar lo que sucede en relación con la distribución del ingreso en Mendoza, citamos el trabajo de Cortese (2012, quien analiza el ingreso, la pobreza y la desigualdad en Mendoza poscrisis 2001. A partir de sistematizar datos de la EPH relativos a la distribución del ingreso en la población de Mendoza y de confrontar mediciones alternativas de las canastas de consumo, el autor sostiene en base a los resultados obtenidos que, luego de la profunda crisis vivida, la distribución del ingreso mejora pero sin romper la persistente matriz básica de desigualdad. Además, considera que la recuperación económica no es producto del virtuosismo político, por cuanto el escenario social sigue surcado por desigualdades económicas, carencias múltiples y cierta cristalización de formas cotidianas de vida lindantes con la degradación. Señala además, que entre 2003 y 2010 se produce una reducción de 8,86 puntos en la brecha de ingresos entre el decil más alto y el más bajo, lo que representa una disminución de 38,27 % en la desigualdad. Esta tendencia a la baja de la brecha es un dato indiscutible sin embargo, observa, merece alguna precisiones: a) es una medida aproximada sobre

ingresos, no sobre disponibilidad de bienes y acceso a servicios, disposición real de la riqueza o propiedad de capital económico, social o cultural; b) parte de niveles muy bajos (propios de la crisis recesiva 1998/2002) y su mejoría se relativiza al compararse con las décadas anteriores; c) a pesar de esta mejoría la brecha sigue siendo importante ya que el ingreso del decil superior es alrededor de 15 veces mayor que el ingreso del decil inferior.

La evolución del ingreso correspondiente a cada estrato muestra una mejora en la situación de los más bajos (1 y 2) con un aumento de 3,7 y 0,7 puntos en la participación en el total del ingreso medido entre puntas; mientras que los estratos más altos (3 y 4) han sufrido disminuciones de 1,6 y 2,7 puntos. Esto significa que 30% de los hogares más pobres recibió en 2010 una porción del ingreso 30% más grande que en 2003; mientras que el 10% de los hogares más ricos sufrió una disminución de 11%. Estos números, aunque significativos en sí mismos, deben ser analizados a la luz del tamaño de los hogares y el porcentual de población resultante para tener una idea más precisa de la continuidad en la matriz básica de la desigualdad en la participación en el ingreso. El 10% de los hogares, apenas 6% de la población, recibe el 21% de los ingresos; mientras en el otro extremo, 30% de hogares, que contiene el 40% de la población, debe conformarse con 16%. Para finalizar es interesante tomar nota de una conclusión del autor cuando afirma que:

la observación de largo plazo confirma que las mejoras significativas vividas por los sectores más empobrecidos respecto del infierno de comienzo de siglo, palidecen y pierden peso frente a las conquistas logradas en otras décadas por los sectores populares en la distribución de la riqueza (Cortese, 2012: 7).

Conclusiones

A la luz de los indicadores presentados, caben algunas reflexiones. Conocemos la distancia entre la descripción y la interpretación. Este artículo apenas es un bosquejo para intentar una descripción más consistente. Si bien conseguimos concentrar datos elaborados por distintos autores y mostrar el estado del arte de los estudios sobre el mercado de trabajo, la distribución del ingreso, la pobreza, etcétera, no fue posible encuadrar los indicadores expuestos en las fases de acumulación propuestas a nivel teórico.

Esto requiere de un tratamiento más detallado de los datos, lo que implica tareas de reprocesamiento de la información disponible que no está a nuestro alcance. Los datos expuestos, por otra parte, provienen de distintas perspectivas; esto implica que su construcción dependió de intereses diversos y aunque algunos investigadores coinciden en los diagnósticos, no hay acuerdo en la interpretación. Así, observamos que si bien hay consenso en que la implantación del régimen neoliberal implicó una regresión en los indicadores sociales, todavía se discute el impacto del modelo de crecimiento aplicado luego de su crisis. Esta discusión llega al punto de poner en duda la idoneidad del nombre con que se lo designa, ya que mientras algunos investigadores hablan de RSA neodesarrollista, otros a la luz de los indicadores económicos prefieren decir que se trata de un modelo devaluacionista o neopopulista. Por eso, a veces los autores prefieren nombrarlo en relación con su temporalidad, como RSA posconvertibilidad. Queda pendiente profundizar el valor heurístico de la categoría RSA ya que en este trabajo solo sirve para describir el marco o escenario en que aparecen los indicadores.

Entonces, con limitaciones, hemos visto aquí únicamente algunas tendencias de los indicadores sociales como resultado de la reformulación de las relaciones capitalistas. Es clara la impresión de que la década de los 90 fue regresiva y sentó las bases de la recomposición capitalista producida en el 2001. En términos generales, las condiciones de vida de los argentinos, y de los mendocinos en particular, fueron alteradas por los RSA señalados. Sin lugar a dudas, las instancias de las distintas fases de acumulación de las dos últimas décadas fueron fragmentando la sociedad, dando lugar a destinos dispares. Mientras que algunos que contaban con activos de capacitación y organización pudieron mejorar su situación; otros agentes, los provenientes de estratos bajos vieron caer sus ingresos. En tanto que una parte de la población fue confinada a sobrevivir haciendo changas y a recibir los beneficios de planes sociales.

Es así que la dinámica del capitalismo –como rasgo estructurante– definió múltiples y desiguales oportunidades de vida. Los RSA se limitaron a ampliar, en el neoliberalismo, y a mitigar, en el neodesarrollismo, los efectos de la concentración capitalista. La fragmentación social creciente fue, entonces, efecto del triunfo de este proceso expansivo liderado por los

sectores económicos dominantes que actúan aprovechando la desorganización, el desconcierto y el apoyo clientelar de los grupos subordinados. La democracia formal concretó finalmente la fantasía de una sociedad de iguales que con su voto pueden elegir el rumbo de la vida social.

A los sociólogos nos queda entonces, estudiar críticamente los mecanismos reproductores del capitalismo en el territorio argentino. Frente a los datos presentados, tenemos que revisar nuestra práctica. La magnitud de los cambios exige que reveamos las categorías y las metodologías con que aprehendemos el mundo. La fragmentación social requiere nuevos conceptos. Pasar de la descripción de estratos a la descripción de relaciones de clase permitirá acercarnos a mejores explicaciones y a mejores alternativas de solución de los problemas. Las consecuencias de los cambios en el mercado de trabajo sobre la estratificación social, por otra parte, exigen la inclusión de nuevas categorías que tengan la capacidad de captar las múltiples formas de la precariedad, el doble empleo y la subocupación.

En síntesis, la evaluación de los indicadores seleccionados para su exposición nos plantea, como analistas de la sociedad, el desafío de construir teorías, métodos e instrumentos que nos permitan asimilar la temporalidad con que los cambios sociales se producen, para que el capitalismo persista.

Bibliografía

- ALTIMIR Oscar y BECCARIA Luis (1999). «El mercado de trabajo bajo el nuevo régimen económico en Argentina». En *Serie Reformas Económicas*. Buenos Aires, N°28.
- CANAFUOGIA, Eliana, MILLÁN, Natalia y SORIA, Beatriz (2006). «La contratación de la mejora de los indicadores del mercado de trabajo en la provincia de Mendoza». En *Laboratorio*, Año 8, N° 12, pp. 47-52.
- CARRERA, Iñigo (1999). «Las estructuras económico sociales concretas que constituyen la formación económica de la Argentina». *PIMSA, Documentos y Comunicaciones*, N°18. Buenos Aires.
- CHÁVEZ MOLINA, Eduardo y GUTIÉRREZ AGEITOS, Pablo (2008). «Nosotros los de antes ya no somos los mismos. Pobreza y desigualdad en Argentina poscrisis». *Espacio Abierto*, Vol. 17, N°4, Venezuela, pp. 683-696.
- CORTESE, Carmelo (2012). «Ingreso, pobreza y desigualdad en Mendoza después de la crisis de 2001». En V Congreso Regional de Especialistas en Estudios del Trabajo. Mendoza, Argentina, Universidad Nacional de Cuyo.
- DALLE, Pablo (2010). «¿Estratificación social y movilidad en Argentina (1870-2010). Huellas de su conformación socio-histórica y significados de los cambios recientes». En *Revista de Trabajo* Año 6, N° 8. Buenos Aires, pp. 59-81.
- DONZA, Eduardo; SALVIA, Agustín; STEINBERG, Cora; TISSERA, Silvana; YELLATI, Carolina. (2004). «Cambios en la distribución del ingreso y de las oportunidades de empleo para los hogares urbanos. Argentina: 1991-2001». En *Cuadernos del CEPED*, N° 8, Buenos Aires, pp. 49-88.
- FELIZ, Mariano y LÓPEZ, Emiliano (2012). *El proyecto neodesarrollista en la Argentina*, Buenos Aires, Ediciones Herramienta.
- GERMANI, Gino (1987). *Estructura social de la Argentina. Análisis estadístico*. Buenos Aires, Ediciones Solar.
- GRAÑA, Juan M. y KENNEDY, Damián (2008). «El deterioro del salario real como fuente de plusvalía extraordinaria. Argentina en los últimos treinta años». En IV Coloquio Internacional América Latina: escenarios del nuevo siglo. Nuevos desafíos y horizontes de transformación Sociedad de Economía Política y Pensamiento Crítico Latinoamericano, Buenos Aires.

- GONZÁLEZ, Mariana y BONIFIGLIO, Nicolás (2007). «Evidencias sobre el deterioro de la calidad del empleo en la Argentina». En *Cuadernos del CEPED* N° 8, Buenos Aires, pp. 89-114.
- KESSLER, Gabriel y ESPINOZA, Vicente (2003). «Movilidad social y trayectorias ocupacionales en Argentina: rupturas y algunas paradojas del caso de Buenos Aires», En *Serie políticas sociales*, CEPAL, Santiago de Chile, N° 66.
- LAVOPA, Alejandro (2007). «Heterogeneidad de la estructura productiva argentina: Impacto en el mercado laboral durante el período 1991-2003». En *Documentos de trabajo del CEPED* N° 9, Buenos Aires.
- LINDENBOIM, Javier; GRAÑA, Juan y KENNEDY, Damián (2005). «Distribución funcional del ingreso en Argentina. Ayer y hoy». En *Documentos de trabajo del CEPED* N°4, Buenos Aires.
- NUN, José y PORTANTIERO, Juan Carlos. (1987). *Ensayos sobre la transición democrática en Argentina*. Buenos Aires, Puntosur.
- PHILIPP, Ernesto (2005). «Dispar evolución de los mercados de trabajo urbanos de la Argentina durante la década del noventa». En *Cuadernos del CEPED* N°8, Buenos Aires, pp. 137-152.
- SALVIA, Agustín (2003). «Mercados segmentados en la Argentina: Fragmentación y precarización de la estructura social del trabajo (1991-2002)». En *Laboratorio. Informe de Coyuntura Laboral*, Año 4, N° 11-12, Buenos Aires,
- SALVIA, Agustín y VERA, Julieta (2005). «Cambios en las Condiciones de Inserción Socio-ocupacional de los Hogares 1991-2001». En *Cuadernos del CEPED*, N° 8, Buenos Aires, pp. 219-243.
- TORRADO, Susana (1992). *Estructura social de la Argentina: 1945-1983*. Buenos Aires, Ediciones De la Flor.